

Bonsái

Mizraím Bravo

Otorgándole relevancia a la mínima, ínfima, ridícula partícula del todo. Aglomerando cosmogónicamente o revelándose sobre tu muñeca en cada hebra de sangre. Si el florete de Laertes ha envenenado toda noche, quisiera que cada partícula, estrofa, partitura, abstracta belleza me compusiera, no como un muro o golem cabalístico si no como una sencilla, leve, invisible sabiduría, así cabría en la séptima parte de la séptima hoja que se ha reposado en tu séptima palma.

Tal vez la letra de Whitman o Hölderlin, el teatro de Beckett o el ascetismo de Fray Luis de León, la eléctrica resta del haiku y la tendencia paralela de los megalitos paleolíticos en su vigilia, sea el dramático fundamento del génesis universal. Es claramente, ya lo sé, imposible conjeturar mas allá de las abstracciones neoplatónicas pero ¿acaso Pinter no resumió la condición histórica del pueblo judío al enajenamiento de un escenario? y ¿la 9ª Sinfonía de Gustav Mahler, la creación del mundo desde la Torá? Es delicadísimo arte el bonsái; envejecer, empequeñecer, perder, podar, regar sobre todo tan apacible quehacer poético, tal como las jarchas o los pequeños cantos de los goliardos y el yo del Lazarillo de Tormes, reflejando miméticamente la condición político-social de la España arabizada, el hedonismo en el clero, el antropocentrismo renacentista del siglo XVI. Ápices etnológicos, arquetipos antiquísimos, verme en una cueva y solo poder calcar espirales en una gruta en Galicia.